

los planos, desde los superiores hasta los más bajamente subalternos. Es esta una plaga parasitaria del presupuesto, cada vez más frondosa y voraz.

El demagogo hispanoamericano, cualquiera sea su ideología, es, tal vez, preferible al politicastro. En él hay algo de idealidad y hasta de romanticismo. Su demagogia es generalmente verbal e imaginativa. Muchos de ellos son en la intimidad excelentes y pacíficos burgueses. Estos demagogos son menos temibles y peligrosos que los profesionales políticos, y hasta tienen sobre éstos la ventaja de que muy a menudo evolucionan y se transforman en elementos útiles. El politicastro, en cambio, morirá en su ley, defendiendo su posición, abrazado al presupuesto, que es su verdadera y única bandera.

Esta pequeña jerarquía debía comprender también a los *dilettanti* de la política, curiosos ejemplares que se lanzan a la vida pública sin más objeto que experimentar las sensaciones del éxito, de la derrota y del peligro, y saborearlas sucesivamente, sin persistir ni perseverar en la acción. Existe una clase, generalmente inferior—y ¡cuán superior sin embargo!—de hombres abnegados y leales que sirven a los políticos creyendo servir a su partido; que se entregan desinteresadamente a la más intensa acción sin pedir nada para sí; que se contentan con servir de escabel para que los demás se sienten cómodamente en el banquete del gobierno. Estos anónimos son la carne de cañón de la política, y su único premio, su sola gloria, es el abrazo que un día les dió el caudillo ante la asamblea de un club de barrio, y el suelto necrológico con que les despidió el diario del partido.

Por fin, en el último peldaño de esta jerarquía, ¿no estamos todos los que nos limitamos a asistir al espectáculo político desde la barrera y solamente nos reservamos el placer de juzgar los pasajes de la larga comedia? ¿No es esta también una manera de ser políticos, y tal vez, la mejor? Por lo meaos es la más inofensiva, ya que ni nuestro juicio será tenido en cuenta, ni nuestras ideas influirán en lo más mínimo en el desarrollo de los sucesos. Después de todo, no hay mejor posición, dentro de la jerarquía política, que esta que nos permite ver, estudiar y juzgar a nuestras anchas, sin que nos alcance la gloria, pero tampoco la responsabilidad que pesa sobre las espaldas de los que se dedican al difícil arte de gobernar a los hombres.

El arte de la política

Esto del arte de gobernar a los hombres no es una cosa completamente arbitraria. Southey, cuyas originales ideas sobre política han sido muy agudamente analizadas por Macaulay, pretende hacer figurar el gobierno en el número de las bellas artes. Para el escritor inglés, todos los hechos que se refieren al gobierno de la sociedad deben ser juzgados como podría juzgarse una obra del ingenio, esto es, por el efecto que producen en la sensibilidad y en la

imaginación. Crea con esta fórmula Southey un nuevo concepto de la historia que, a ser aplicado corrientemente a la vida política cotidiana, daría motivo a una curiosa crítica, y, sobre todo, a una nueva ética social. Imagínese, en efecto, lo que sería un acto de gobierno, una elección política, una discusión parlamentaria, una ley cualquiera, juzgados exclusivamente desde el punto de vista estético. Y, sobre todo, imagínese lo que sería un motín, una revolución, una matanza, un saqueo, juzgados con el mismo criterio. A poco que el espectáculo interesara a los sentidos, tendríamos el elogio de la atrocidad y la barbarie.

En la política de todos los pueblos pasa, sin embargo, un poco esto. ¿No estamos, acaso, acostumbrados a admirar, en el orden histórico, rasgos de ferocidad, de soberbia y de satánico orgullo? La historia antigua y moderna, ¿no está llena de comediantes y tragediantes cuyos gestos, muchas veces odiosos, nos conmueven hasta la admiración? Ramos Mejía ¿no ha dicho que Rosas es el tipo más original de la historia de América, y, para apoyar su juicio, no ha afirmado acaso, que el león, grandioso porque devora y mata, no es menos grande

para la admiración del artista y del filósofo? Y, dentro del orden contemporáneo, ¿no nos sentimos atraídos a cada paso por movimientos de simpatía, y aun de admiración, hacia hombres y acontecimientos que seguramente no merecen tal tributo de nuestro espíritu?

La política tiene evidentemente dos planos: el plano en que se desarrollan los sucesos triviales de todos los días, cuyo interés subalterno preocupa a los menos, y ese otro plano en que se desarrollan los sucesos trascendentales que interesan a todos. En este plano, muy generalmente «se vive a la altura de la historia», y es en él donde se aprende ese arte complejo que participa de la estética de Southey, pero que tiene sus fundamentos en los principios inmutables de la ética.

Por lo que hace a la «pequeña jerarquía política» de que hemos hablado, ella abarca por igual a la muchedumbre que se mueve en los dos círculos, y decimos círculos porque, a veces, estos hemisferios políticos traen realmente el recuerdo de los terribles círculos dantescos.

Montevideo, junio de 1925.

Amor en las breñas

ELLA tenía trece años y él algo menos. La chica era morenilla y delgada, de gracia vivaracha y ojos de sombrío encanto. «Va a ser muy alajita», decían todos, cuando pasaba la Milagro. Juan era un muchachuelo callado, un poco tímido y de mirada triste.

Los ranchos de los dos chicos quedaban próximos, y sus familias eran amigas. Ellos se habían criado casi juntos.

Algunas tardes, especialmente en invierno, iban al cerro a buscar leña en compañía de otros rapaces de la vecindad.

En tales excursiones había nacido entre Juan y la Milagro, poco a poco y sin que apenas ellos mismos se diesen cuenta, un sentimiento de atracción recíproca. Con los días tal sentimiento fué arraigándose más y más, sobre todo en él. Si, en él sobre todo. En el cerro, a pesar de su reserva y del temor de que los otros chicos lo advirtieran, encontraba modo de agregar alguna leñita en el hacecillo de la chica o de ofrecerle cualquier minucia: un caracolillo, una flor o alguna hierba de las que buscan para remedio.

Cuando no iba al cerro, pensaba todo el día en ella. De noche la soñaba a menudo. Con esa facilidad dichosa con que los niños resuelven las cosas de la vida, tenía dispuesto que la chica sería su mujer. Se casarían ¿por qué no? Claro que cuando él fuese grande, un hombre, y como Ramón Sosa Suárez, el hijo de ña Justina, que había sido un muchacho hilachento como él, hubiera vuelto de Tucumán o de Jujuy, bien vestido, con plata y montura chapeada...

Ella por su parte, si bien no se había dicho cosas semejantes, prefería, a la de

cualquier otro, la compañía del buen chico cuya mirada tristemente dulce la llenaba a veces de vaga confusión, obligándola a bajar los ojos.

En la siesta de fines de otoño, nublada y fría, la pandilla de chicos comenzó a subir por la falda del cerro. Veíanse los pañuelos cafés o negros de las mujercitas y los ponchos de vivos colores de los varones. Juntando una aquí, otra allá, leñitas de maravilla, de cedrón, de jarilla, de garabato, rompían con sus voces y sus risas el silencio de las breñas. Parado sobre una peña uno de los chicos cantó a pulmón pleno, con la cara enrojecida por el esfuerzo:

Ayer canté en La Frontera
y hoy canto en El Sauzalito;
a mí me gusta cantar
en cada pago un poquito.

Otro le contestó desde allá lejos, sin dejar de tironear para arrancarla una planta seca:

Di ande será ese muchacho
tan metido en la malicia;
parece gallo chascón
revolcao en la ceniza...

En el cielo, blanquecino de nubes, las cumbres distantes se recortaban muy azules. El cerro, casi desnudo, vestía pobremente su pardo sayal de invierno. Estaba triste el cerro. No se sentía en el ambiente la vecindad de las yerbas de olor, ni los cardones entreabrían en alto el gran cartucho blanco de sus corolas, ni la flor del aire mostraba entre las queiebras su nievecita primaveral. No había tampoco pasacanas.